

XVII domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A.

Un corazón sabio

El futuro se nos vuelve incierto. La inteligencia artificial (AI) pareciera dominarnos. Y ella no tiene corazón. No deja de ser una amenaza, aunque también es una alternativa. Todos los trabajos en el futuro están relacionados con la tecnología y la inteligencia artificial. Quiere decir que no estamos preparados para semejante demanda. Nos quedaremos a las puertas esperando que caigan las migajas para poder subsistir.

Salomón es un joven monarca que asciende al trono como sucesor de su Padre David. No le interesan las riquezas, ni el poder, ni la fama. Solo quiere un corazón sabio, prudente, generoso. Dios le da la oportunidad de escoger y, en sus opciones, se queda con la única: La sabiduría. Es decir, saborear lo que es recto, saber apuntar a lo esencial y se queda con lo que el Evangelio llama “el tesoro que guarda lo nuevo y lo viejo”.

No estamos educando nuestro corazón, no lo estamos formando. No puedo negar los beneficios de la tecnología. Pero no tiene corazón. Es deshumanizante, fría, calculadora, desarticuladora de convivencias, relaciones humanas. Nos aísla, nos deja huérfanos de humanidad. Y es peligroso que terminemos en robots peleándonos los unos a los otros en desafecto total. Nos convertimos en hijos de la competencia.

Es la hora de reivindicar la sabiduría del corazón. Volver a descubrir la ternura, la mirada, el afecto, la acogida. Pablo, en uno de los puntos más altos de la “elocuencia del corazón” nos lo dice en susurro apasionante: “Para quienes aman a Dios, todo coopera a su bien”. Es un grito que nos amansa, pacifica, serena. En ese remanso necesitamos templar el alma, serenar nuestros apetitos de poder y darle corazón-alma a la inteligencia artificial.

Cochabamba 30.07.23

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com